

SAMPLE
TRANSLATION

VESNA MILEK
CAVAZZA. NOVELA
BIOGRÁFICA

PUBLISHED BY: ŠTUDENTSKA ZALOŽBA, 2011

TRANSLATED BY: ESTEFANÍA QUIROGA & TINA ŠILC

ORIGINAL TITLE: CAVAZZA. BIOGRAFSKI ROMAN.

NUMBER OF PAGES: 261

Vesna Milek: CAVAZZA. Novela biográfica



foto: Jože Suhadolnik

Sobre la autora Vesna Milek

(1971) es una publicista y ensayista eslovena, el ícono mediático de la nueva generación. Entre otras cosas, realizó varias de las entrevistas más leídas del diario nacional Delo, escribió tres novelas y publicó un compendio de columnas que tratan sobre relaciones entre hombres y mujeres. Es una mujer que cautiva al público dondequiera que se encuentre.

CAVAZZA. Novela biográfica

Desea con pasión,
ama con pasión,
trabaja con pasión,
come y bebe
y baila y toca con pasión.

Hafis

Quizá habría que empezar con el boxeo en vez del amor. Con el primer golpe. Con el dolor. Uppercut, crochet izquierdo, crochet derecho.

La mirada fija de aquel joven siciliano que me golpeaba en el ring e hizo hervir mi cerebro. Ni antes ni después viví ese tipo de dolor.

Eso. Lo primero que puedo recordar es el dolor. Crecí con el dolor.

Desde la niñez me perseguía como un zorro rabioso. Me gustaría recordar aquel primer dolor.

Pero la memoria es como un perro que se echa donde quiera.

¿Dónde habré leído esto? Lo habrá escrito alguien que supo de lo que estaba hablando.

Porque lo primero que puedo recordar en este instante, no fue el dolor sino la sensación de cagarme en mis pantalones. Pantalones con cuadritos blancos y naranjas.

Tendría cinco o seis años. Aún hoy día me embarga aquella sensación de vergüenza y humillación.

La sensación de que siempre estás solo, solo con tu mierda. Y con tu humillación.

Quisiera recordar el dolor al nacer. Dicen que es posible.

Muchas cosas se pueden revivir, hasta conozco técnicas de cómo llegar hasta las más dolorosas. Más de media vida las utilicé. El método según Stanislavski, Lee Strassberg, Stella Adler... Es prácticamente lo mismo. Lo fundamental es juntarlas en el método que solo es tuyo.

Tan solo se trata de manipular con tus dolores satisfactoriamente.

Con la felicidad es más fácil. Sin embargo, el dolor hay que sacarlo desde las entrañas.

Y así, los dolores que coloqué en el rincón más recóndito del armario, con los que no sabía qué hacer, llegaron a desempeñar un papel importante en mi profesión. Se convirtieron en mis herramientas.

Quizá esto me ayudó a sobrevivir esta vida. Los traumas vividos se te pegan como el alquitrán.

Piensas que los superaste, pero se quedan en un lugar de tu cuerpo, consolidándose. Los pensamientos sólidos en una materia. Sé que los pensamientos pueden convertirse en cualquier cosa. Lo hice durante toda mi vida. Esta alquimia misteriosa de los pensamientos.

No quiero ser místico, nunca fui capaz.

Sin embargo, en realidad, en realidad ahora no puedo recordar nada. Quizá porque va en serio. Porque con esto no quisiera tener una expresión muy definida en mi rostro. Nadie me mira en una sala oscura. Estoy solo. Y se me ocurrió, creo que llegó el momento de decir algo tal como es. De verdad. No sé por qué, no me pregunten, no lo sé ni yo mismo. Pero, si siento que hay que hacerlo, será para bien.

Para tí, hijo mío, que fuiste el primero en irte. Para ti, mi segundo hijo, que te fuiste cuando pensaba que a un ser humano le tocaría vivir cierta cuota de dolor, dándole una coartada para que algo tan horrible no le pudiera volver a suceder. Para ti, mi hijo, que sobreviviste todo esto y llegaste a ser persona y actor. Para ti, mi hijo, que bailas break-dance, escuchas a Michael Jackson, dibujas Mona Lisas y que aún no te tocó vivirlo.

Y para tí, mi Mojčka. Esto lo escribiré para ustedes.

¿Entonces por qué no puedo recordar mi primer grito, mi primer llanto? Nací el 2 de febrero del año 1939, pequeñito, negro, peludo y feo como un mono. Gritaba como un mono. Así me dijo mi hermana. Cuando nací, ella tenía seis años. Cuando me dijo eso debo haber tenido unos doce. No puedo decir nada. Lo más probable es que de verdad haya sido así. Tal vez estaba un poco celosa. No quería un hermano así, me estaba fastidiando. Gritaba como un loco; en el hospital las enfermeras y la partera revoloteaban a mi alrededor y de verdad estaba

cubierto de pelusa negra, me confirmó más tarde mamá. Nada de bebé precioso y rosadito. Negro y peludo.

Qué gracioso, aún ahora me pincha en el corazón. Aún ahora, en mis setentas, me pregunto qué habrá pensado mamá cuando me tuvo en brazos por primera vez. ¿Me había querido en seguida? ¿Lo había hecho?

Quizá ya en ese entonces mi hermana me había cargado de complejos. Estaba terriblemente celosa. A mamá le decía, tú quieres más a Boris que a mí. Y lo repetía, como un disco rallado, quieres más a Boris que a mí, cada vez que aparecía algún conflicto. Tal vez fuera por eso que tantas veces me pegaba.

Mejor dicho, sí recuerdo mi primer llanto. La primera sensación de miedo, de impotencia. Después del jardín fuimos con un amiguito a su casa. Debo haber tenido unos cinco años. Fui solo, en esa época caminaba bastante yo solo. Todos los días al jardín y de vuelta a casa. Conocía el camino. No estaba tan cerca, más o menos dos kilómetros. Había niebla, cada tanto algún carro, había olor. De ese olor a Milán todavía me acuerdo. A veces se me viene a la nariz, así nomás, baja por la garganta y después al pecho y no sé bien qué hacer con él.

Así que voy de visita, voy a lo de Mario, me lleva al departamento, una recámara grande, redonda, al menos a mí se me hizo redonda en la penumbra con las cortinas bajas. En la recámara no hay nada más que una cama grande con una estructura de hierro; en ella estaba acostado su papá. Debido a una enfermedad no podía soportar la luz. Papá se va a morir pronto, me dice el chico. Vamos a jugar afuera. Papá se va a morir pronto. Esa oración se me quedó grabada, se me vino a la cabeza cuando cuatro años después, en nuestra recámara yacía otro hombre: mi papá.

No sé por qué Mario me llevó allá, a esa recámara. Salimos al patio de juegos frente al edificio y jugamos. Se hizo de noche. Pensé, qué va a decir mamá. Me tengo que ir a casa. Me despedí y me fui. Un chavito menudo, flaquito, con su mochilita. Caminé por calles oscuras, me daba vuelta. Fui en otra dirección. Buscaba la esquina conocida, el edificio. Caminé y caminé, y en la oscuridad ya no pude reconocer ningún edificio, nada. Empecé a llorar. A mi alrededor no parecía haber un alma. Me había perdido.

¿Cómo llego a casa? Todavía siento en la garganta esa angustia, el cansancio, la impotencia. No podía ver nada por las lágrimas, solo caminé, cada tanto pasaba al lado mío algún carro. De la niebla apareció una figura. Un muchacho joven, alto se inclinó hacia mí:

¿Qué pasa, chavito? ¿Qué estás haciendo acá? Se agachó y me acarició la cabeza.

¿Te perdiste? Dijo suavemente en italiano. Asentí.

¿Sabés dónde está tu casa?

Le balbuceé la dirección. Me la sabía de memoria. Via Lomellina 49/III. Vente conmigo, dijo. Te voy a llevar a casa. Me agarró de la mano y yo le seguí. No pensé que me podría llevar a otro lugar que no fuera a casa con mamá.

La palma de su mano era tibia y fuerte, caminé con él, tranquilo.

Llegamos a la puerta, golpeó, mamá abrió, nerviosa, con los ojos chiquitos de llorar.

¿Dónde estabas? ¿Pero dónde estabas? Gritaba en esloveno. ¿Acaso sabés llegar a casa? Sonreí entre lágrimas, consolado. Mamá se había preocupado por mí. Tenía muchas ganas de que me abrazara. Le agradeció al muchacho, recuerdo que le dio diez liras, que para nosotros eran una fortuna. Cuando se fue, me agarró y me pegó en el trasero. Me llevó a la tina del baño y me lavó todo, tenía los pies sucios, de eso me acuerdo. Lo que más recuerdo es la sensación de que era injusto. ¿Por qué me pegó? Si no hice nada malo. Fui a lo de un compañerito del jardín y después me perdí. Estaba oscuro y yo soy chiquito. No me dolía el trasero pero sí la injusticia. ¿Por qué me ganó eso? Pero ya estaba en casa. Eso estaba bien. Me había perdido por primera vez. Lo más probable es que no haya llorado por primera vez, pero es el primer llanto que recuerdo.

Cine

What 're you rebelling against, Johnny?

Whaddya got?

¡Salvaje! (*The Wild One*, 1954)

Cuando no estaba en la escuela, me iba al cine. Al mismo cine que iba de pequeño cada vez que papá me daba algo de dinero. Un cine chiquito en Piazzale Susa. Me sentaba en la oscuridad de la sala y esperaba a que me absorbiera el mundo de la pantalla grande. El olor de ese cine, de las sillas viejas, olor a la magia de las películas.

A mi primera, Rita Hayworth, se le sumó Marilyn Monroe. La tercera fue Joan Collins. La tengo en una foto arrugada. Está acostada boca abajo en una pose pin-up, vestida de un bikini de leopardo y las piernas levantadas con zapatos de tacón alto.

A la escuela nocturna siempre iba por el mismo camino, por el paso subterráneo. Ahí había carteles colgados y fotos de grupos de teatro amateurs. Me detuve y miré. Los actores: seres raros e inaccesibles. Me sorprendí de que también existieran actores que no conocemos, que no vemos en la pantalla grande.

Hasta entonces la palabra actor había estado reservada para mis diosas del cine y por supuesto, para Marlon Brando, James Dean...

Creo que vi todas las películas que grabó Marlon Brando.

Trataba de actuar así. No tenía la chamarra de cuero, no tenía gorro, así que incorporé su expresión desprecio cupada, andando por las calles practiqué su caminar, su acento.

Me sabía las contestaciones de memoria. En italiano, luego también en inglés.

You think you're too good for me. Nobody's too good for me!

Nadie es demasiado bueno para mí, eso es lo que más recordaba. Eso es lo que quería recordar, para poder resistir en el mundo en el que me habían puesto, con mi lengua italiana a medias, yo no era ni italiano ni esloveno, sino algo en el medio, un extranjero que no pertenece a ninguna parte.

Por eso iba al cine apasionadamente, en búsqueda del silencio, de la aventura; vi Motín a bordo, la versión vieja, como tres veces, vi una cantidad impresionante de películas de aventuras en el mar. Mis maestros favoritos fueron los aventureros de la pantalla del pequeño y polvoriento cine en Piazzale Susa.

Boxeo, 1954

Me enamoré del boxeo así de repente, sin advertencia. Como si en esos años de humillación hubiera estado buscando algo y al descubrirlo supe que eso era para mí. Algo me llevó hasta allá. Una inquietud interior que poco a poco, en mi cabeza, se convirtió en una decisión: nadie, nunca más, me va a golpear. Al mismo tiempo empecé a soñar que podría hacer algo de dinero con el boxeo. Que con mamá saldríamos de esa pobreza con sabor a polenta.

Primero empezó a boxear mi amigo Stefano Masari. Siempre estaba en mi casa y trataba de convencerme para que buscáramos un club de boxeo. Después, en algún momento se le pasó, yo, sin embargo, quedé obsesionado.

Cuando hacía trabajos ocasionales y caminaba por la ciudad, buscaba mientras tanto un centro de artes marciales.

Una tarde golpeé la puerta del club ATM – Azienda Tramvaria Milanese.

Durante el día ahí entrenaban los profesionales, por la noche los amateurs.

Mi entrenador era Perrego. Él me enseñó las técnicas del boxeo. Su ayudante era Catagno, que era un poco más corpulento, con una nariz grande, un tipo irritable. Nos tenía en entrenamiento condicional.

Perrego se ocupó de mí. Era un tipo afilligranado, de peso liviano. Nos guiaba bien.

Las manos siempre a la altura de la cara, nunca dejes caer las manos. Si eres diestro, con la izquierda recibes la pelea, nos decía. La mano izquierda es la que prepara el camino para que después irrumpa la derecha y dé el golpe final.

También Dejan Zavec¹ habló mucho de la mano izquierda; la mano izquierda es la que decide el juego.

Cuanto más pienso en el boxeo, menos puedo decir. Solo sé que incursioné en él con pasión, hasta el final. Como si en el boxeo hubiera encontrado lo que necesitaba. Algo que después busqué en el mar.

¹ Boxeador esloveno (N. de la T.).

Por la noche, cuando salía sudado de entrenar, ligero y sin pensar del club, me adentraba en la niebla de Milán. Me parecía que estaba solo en la calle. Me gustaba la ciudad en la niebla. Había algo misterioso en ella. Como en *Amarcord* de Fellini.

Viene alguien a caballo.

Me perdí.

Pero si acá está tu casa, detrás de ti.

Una bonita escena.

En la niebla se suprimen todos los sonidos. Como en el estudio cuando grabas para la radio. No escuchas el colectivo que viene hacia ti. Lo escuchas solo en el momento en el que pasa a tu lado, buuum, y después el sonido vuelve a desaparecer. Caminas como si caminaras por una almohada.

Y ese olor, olor a niebla que ya no hay. Solo hay esmog y el esmog no tiene olor. Pero la niebla de esa vez, sí olía. Era un olor especial. Tendría que evocarlos en recuerdos. Sé que inspiré profundamente ese aire. Tenía la sensación de que así podía pasear toda la noche.

Tenía 66 kilogramos y más de ciento ochenta centímetros. Empecé en la categoría de peso medio mediano, después pasé a la de peso mediano. Practicaba solo, frente al espejo, con los guantes.

Empecé a entrenar. Peleas más fáciles, una ronda.

En el ring estás solo. Tienes un adversario, que te mira como un perro y –quieras o no– no tienes adonde escapar. Te destroza él o lo destrozás tú.

Lo principal es dejar el miedo fuera del ring, en el ring la cabeza solo funciona sintiendo los detalles, las técnicas, anticipas dónde va a pegar, cuáles son sus puntos débiles. Es fácil describirlo con palabras, pero cuando estás ahí cara a cara, no es broma. Hay una sola cosa que sé bien. Que uno nunca se conoce a sí mismo tan bien como en las peleas.

Y me fue bien, me fue bastante bien. Solo quería peleas reales, en el ring. Le insistí a Perrego para que me diera una pelea de verdad.

Tienes talento, eso es cierto, me dijo.

Pero eres un poco demasiado joven. Todavía tienes huesos blandos, además eres pesado para tu edad. Tirnes una complexión que si vas demasiado rápido al ring, algo te puede costar. No le hice caso. Tenía diecisiete años y soñaba con una pelea de verdad. Los amateurs en ese entonces ganaban relativamente bien. Yo ya me veía en el ring, con una carrera de boxeador.

Algún día me gustaría pelear de verdad, insistía yo. Para ver cómo es.

Finalmente cedió.

Mi adversario era un siciliano, Dilernia. Un tipo técnico de unos veinticinco años. Estaba por meterse entre los profesionales. Ya tenía docientas cincuenta peleas en su haber. Un tipo alto, moreno, bien desarrollado, de brazos largos. Rasgos muy bonitos para un boxeador. Tenía pelo quebrado y ojos increíblemente verdes, color pasto. Es raro cómo recuerdo esos ojos. Me tiraban miradas fulminantes, eran como ojos de víbora.

Cúidalo, el chavo todavía es joven, no tiene experiencia, le advertía Perrego.

Todavía me acuerdo de ese momento en el que sentí que de verdad me iba a partir en dos. No tienes tiempo para reflexionar. Pasó de ser un chico simpático y bonito a un asesino. Le cambió la expresión, te das cuenta de que es esa clase de tipo, que se vuelve loco con el primer golpe. Y tú también te vuelves loco. Pero él era más fuerte. Y pegó, y pegó... Es cierto, tuvo piedad de mí. Me podría haber noqueado, pero paró antes.

Esa sí que fue una pelea... Me dio una buena paliza. Después del tercer round tenía la sensación de que me iba a explotar la cabeza. Como si alguien me hubiera prendido fuego y me fuera a estallar el cráneo. Nunca antes había experimentado algo así, tampoco después. Pensé que no iba a sobrevivir. Cuando me fui a duchar ya no sabía dónde estaba. Me arrastré hasta casa, no podía abrir la boca. Me dolía la mandíbula, como si fuera de requesón y cada vez que quería morder, me dolía. Mamá empezó a llorar.

Hijo mío, ¿es realmente necesario?, déjalo, te van a matar.

Ya va a pasar, dije.

Cuando me recuperé, seguí insistiendo. Boxeé como si de eso dependiera mi supervivencia. Bueno, de hecho, de alguna manera era así.

Cuando recibes el primer golpe te das cuenta de qué eres capaz. No puedes fingir. En ese momento sabes de qué madera estás hecho.

En esos dos, tres rounds liberas tu energía oscura, tus sombras. Y cuando terminas, te sientes limpio y ligero. Una buena sensación. Algo parecido pasa con la actuación. Sobre todo cuando interpretas un papel de malo.

Purificas tu lado más oscuro, todas tus sombras. Por eso es bueno, de verdad es bueno hacer de villano.

Hay una gran diferencia si actúas en forma verbal, intelectual, no es lo mismo. Tienes que sentirlo en tus entrañas, tienes que sacarlo de adentro, no es fácil. No es algo agradable confrontarse con ese lado oscuro que uno tiene. Pero te purifica.

El boxeo me curó. Ahora lo sé.

Así como me curó la actuación. En ese sentido, así como era yo, elegí la profesión ideal.

Nos dijo Korun² en la Academia, que la actuación podía ser también terapia, si la agarras por el lado correcto. No verbalmente. Podemos verbalizar toda la vida. Por eso tampoco creo en el psicoanálisis. Sin embargo, creo en la experiencia, cuando te domina la emoción, cuando en cada fibra sientes que eres tú, en circunstancias imposibles, en condiciones imposibles, con otro pedigrí. Pero todavía eres tú. Tú en tu lado sombrío. Esta es quizá la descripción más linda de la condición de actor.

Me acuerdo cuando interpreté a Stavrogin en Los Demonios de Jovanović.³ Hizo una dramatización de la novela Los Demonios de Dostoievski. Pipan dirigió Los Demonios, y Jovanović Los Delirios.

La primera función en el teatro Mladinsko renovado, temporada 1986.

Busqué en mí mismo esa línea, esa quintaesencia del mal. El seductor demoníaco que no desiste hasta que la víctima no se rinde, después la descarta. Una cuestión de fuerza, de supremacía.

Tengo una niña en las rodillas, la seduzco, le saco los calzoncillos.

Me doy cuenta de que estoy en el límite, como si también yo fuera capaz de las mismas acciones.

Cuando de pronto tomas conciencia de que eres capaz de tener los mismos pensamientos y acciones que alguien a quien odias, cuando te das cuenta de que en ti duerme el malicioso vecino Berto de Solkan, que en ti hay un manipulador, que en ti hay un asesino...

² Mile Korun, director y escenógrafo esloveno. Profesor en la Academia de teatro, radio, cine y televisión de la Universidad de Liubliana (N. de la T.).

³ Dušan Jovanović, escritor, dramaturgo, escenógrafo y director esloveno (N. de la T.).

Cuando experimentás eso orgánicamente ... Esas cosas no son fáciles. Se puede activar en un instante, no en el escenario, sino también en la realidad.

Interesante, mi profesión. La implementaría en la política. A todos les haría interpretar villanos extremos. Que salgan. Que no los opriman, que los liberen, así vemos qué cosas grotescas salen a la luz.

Liubliana, 1964

Me inscribí en la facultad de Filosofía y Letras, en las carreras de francés e inglés. El ciudadano de Milán, de Piran, ahora era un ciudadano de Liubliana. El marinero se hizo estudiante. Una razón para festejar. Me puse un nuevo traje blanco, como un director de orquesta gitano, un traje blanco que había comprado en Venecia. Anteojos con marco negro, corbata negra. Un chico a la moda.

Entré en el aula y los compañeros se levantaron como por indicación. Pensaron que había entrado el profesor.

Me gustaba ahí, trescientas cincuenta chicas y diez chicos. Proporción opuesta a la de Piran, donde había doscientos tipos y tal vez cinco chicas. Me va a gustar la vida de estudiante, me dije a mí mismo.

Una linda e inteligente amiga me introdujo en la escena liublianense de los futuros filósofos, intelectuales, actores, directores, filólogos...

Gracias a ella conocí al grupo de Trieste que estudiaba en la facultad, uno de ellos se convirtió más tarde en mi compañero de cuarto, Marko Uršič.⁴ Ella también me presentó a Smole,⁵ y a Peter Božič⁶... En ese grupo de estudiantes bohemios me encontré por primera vez con Dare Valič.⁷ Alto, con palmas grandes, del tipo escandinavo si no fuera por la tez oscura. Y esos grandes ojos verdes que podían mirar con melancolía si era necesario. Dare Valič era veneno para las mujeres. Esa clase de tipo que cualquiera quedaba opacado a su lado. Cuando hacía bromas, brillaba y derrochaba sus frases como maná del cielo. En ese entonces estaba en el primer año de actuación; si alguien pertenecía a ese lugar, era él.

Aprobé la mayoría de los exámenes de inglés pero después reprobé las if-clauses. Oraciones condicionales. Si no hubiera desaprobado el examen, tal vez nunca habría ido a la academia de teatro.

Si Dare Valič, que en ese momento estaba en el primer año de la academia, no me hubiera empezado a presionar para que fuera, nunca habría pensado en eso.

Aunque no es del todo cierto. Una vez tomé algo con Karpo Godina⁸ en el Smrekarjev hram. Estaba rodeado de bellezas, tomamos, yo le dije: viejo, ¿de dónde las sacas?

⁴ Filósofo, lógico y religiólogo esloveno (N. de la T.).

⁵ Dominik Smole, escritor y dramaturgo esloveno (N. de la T.).

⁶ Escritor y dramaturgo esloveno (N. de la T.).

⁷ Actor esloveno (N. de la T.).

⁸ Director de cine esloveno (N. de la T.).

Dijo: compañeras, todas compañeras. Tenéis que ir a la Academia, esa es la receta, se reía.

Empecé a ir al teatro con Dare.

Me sentaba ahí, en la oscuridad de la sala, escuchaba la respiración ronca del vecino, alguien tosía, me esforzaba para seguir cuando de pronto estalló. Duša Počkaj.⁹ Jurij Souček¹⁰. Me atrapó la energía de los actores, estaba allá, en el escenario, ya no oía. ¿Quién le teme a Virginia Woolf?

No era solo el brillante texto de Albee, también eran Duša y Souček.

Dare se ofreció solo para ser mi mentor. Me ayudó a elegir los textos. Elegí el monólogo del César, de Antonio, ese monólogo que hacía Marlon Brando.

⁹ Actriz eslovena (N. de la T.).

¹⁰ Actor esloveno (N. de la T.).

Mojca, 1966

En el segundo año de la AGRFT¹¹ tuve una crisis y quise volver al mar. La licencia para navegar todavía tenía vigencia para diez años más. Me enfermaban las ganas de ir al mar otra vez. Todo eso alrededor mío, las fiestas, los ensayos, los papeles pequeños, nada grande, nada fuerte, las clases, de pronto nada más tenía sentido.

Y entonces apareció, inesperadamente. Nunca antes ni después tuve la sensación inmediata de haber encontrado a la mujer de mi vida. Porque tampoco ni antes ni después la encontré. Eso lo sabes.

La conocí en el Daj-dam, en la esquina de las calles Slovenska y Cankarjeva, ahí donde ahora está la tienda de Zara.

Dare Valič, otra vez mi querido Valič, fue mi cupido. Y ella... ella es mi compañera de la Academia, Mojca Sitar...

No se levantó para darme la mano. Lo primero que vi fueron sus pechos y sus ojos. Te podías perder en ambos. Ojos verdes rasgados, pelo oscuro. Un encuentro fugaz que me movió el piso. No es que antes no me había enamorado, pero es que esto fue tan violento, algo que hasta entonces no conocía.

Se fue primera, con su amiga. En la puerta se puso un elegante abrigo rosa y blanco, y se dio vuelta a mirarme.

Cuando salimos con Dare del Daj-dam, tenía las piernas flojas. Lo maté a preguntas, quería saber todo, quién es, de dónde vino, de qué se ríe, a quién frecuenta.

Mira tú, esa no me la sabía, se sonrió.

Supe que estaba con un tipo, un italiano. Un director italiano, Cesar algo, me olvidé del nombre, sin querer o a propósito, me lo olvidé. Lo conoció en Tomačevo, que alguna vez fue un lugar de filmación donde hacían los *westerns* y las superproducciones de historia romana.

Supuestamente era una relación bastante seria; ella pasaba mucho tiempo con él en Milán, colaboraba en sus proyectos con papeles más o menos secundarios. Sé que le ofreció mucho, y le prometió aún más. Él le había comprado ese abrigo de Chanel que tenía puesto cuando la vi por primera vez. Claro, si no ¿de dónde podría sacar un abrigo de Chanel una chica viviendo en socialismo?

¹¹ Academia de teatro, radio, cine y televisión (*N. de la T.*).

Cuando me la volví a encontrar, creo que en el café Europa, le pregunté a propósito.

Escúchame, ¿de dónde es ese tipo tuyo? De Milán.

Yo pasé mi niñez allí, le dije. Sí, ya me lo dijiste.

¿Irías alguna vez a visitar a mi mamá?

¿Por qué no?, dijo. Con mucho gusto.

Le di la dirección, pero nunca me imaginé que en verdad lo haría.

Mi mamá me escribió más adelante: Boris, vino tu amiga. Con un ramo de flores. Guapa, elegante. Me dio la sensación de que esa chica sería la esposa perfecta para ti.

Mi mamá, una vidente. Después de eso me la encontré otra vez en el Smrekarjev hram. Cuando el grupo se dispersó, nos quedamos los dos solos.

Bonito gesto de tu parte, dije. Eso, haber ido a lo de mi mamá.

¿No me habías creído? Se sonrió. Si digo que voy a hacer algo, cumplo la promesa. Sonrisita pícaro. Y esos ojos.

Tu mamá, una mujer interesante, dijo. Una mujer decidida, fuerte. Nos entendimos muy bien.

Ajá, dije.

Entonces esperó un poco. Me miraba traviesa.

¿No te interesa de qué hablamos? Me interesas tú.

Se rió, como si le diera vergüenza.

¿No te interesa todo lo que me enteré de ti? Me quedé callado y sonreí.

De chico eras un salvaje... Y cómo empezaste con el boxeo...

Bueno, eso te lo podría haber contado yo también, me reí.

Nos miramos un rato.

Solo que no tiene sentido. Si tienes, o sea... a ese tipo, me salió decirle. No pude contenerme. Fui directo como siempre.

¿Lo quieres?

Me clavó la mirada. Eso no se pregunta. Apreté los dientes.

Claro que lo quiero, o qué piensas, ¿por qué estaría con él?

Me hubiera gustado darme la vuelta e irme, no me reconocía del calor que se me subió a la cabeza.

Después sucedió, en aquella pequeña recámara sobre el café Europa.

Restaurant Plato, sobre Metalka, agosto de 2010

Cómo suenan esas sirenas. Ves, desde acá tienes la sensación de que efectivamente estás en una ciudad.

Vivía ahí, arriba del café Europa.

Mi compañero de cuarto es Mario Uršič, de Trieste, estudiante de dirección de cine. Si pudiera imaginarme al compañero de cuarto ideal, ese es Mario. Mario, el filósofo. Palabras, palabras, palabras, películas, películas, el neorrealismo italiano, la nueva ola francesa; hablábamos y hablábamos las noches enteras y por la mañana continuábamos. A veces nos quedábamos callados como por mutuo acuerdo. Pero de todos modos, él se callaba con menos frecuencia. Un tipo buena onda, Mario.

Sí, allá, mirá, ves cinco ventanas. La ventana a la derecha, la que está bien a la derecha, fijate, justo ahí estaba mi cuarto.

Fue en el año 1968, justo acá en este cruce los policías golpearon a los estudiantes en las manifestaciones estudiantiles.

Cerraron los cuatro accesos con patrullas. Los policías de esa época eran diferentes a los de hoy. Demasiado crueles. Ellos pegaban y pegaban, y los estudiantes estaban tirados en el suelo, llenos de sangre...

Fue horrible. Mi compañero de cuarto y yo observábamos esa locura desde la ventana. Los policías golpeaban con la macana en las cabezas, las espaldas, los riñones; caían las palizas. Fue justo al lado de Figovec: un señor y una señora mayores quieren cruzar la calle y le caen los golpes a la señora mayor, por todos lados con la macana.

La señora se desvanece y los jóvenes la pisotean. Por allá tres policías persiguen a un estudiante, se resbala, se cae, los tres saltan sobre él, llueven las palizas, sangre en la cara.

Precisamente en mi desordenado cuarto de estudiante, arriba del café Europa, sucedió por primera vez.

Está sentada a mi lado en la cama. Mario se había retirado discretamente, se va a atender unos asuntos, dice y desaparece por la puerta. Tengo el compañero de cuarto ideal, pienso, pero no lo digo.

¿Tomas café? Preparo café.

Dos tazas cacarizas, una floreada con bordes dorados. De éstas teníamos en casa, dice y toma la taza en sus manos. Siento que me contraigo del enamoramiento, como si por dentro me temblara cada músculo, cada célula. Trato de controlarme. Sus dedos agarran un cigarrillo, lo prenden, como si un cigarrillo encendido pudiera ser un escudo entre nosotros. Habla como si las palabras pudieran hacer de escudo, crea barreras con las palabras, con los cuentos; cuando nos encontramos con la mirada, se confunde.

Nos tocamos por error. No me importa con quién está, de dónde es y adónde va. Nos enredamos tan violentamente, fue algo que hasta ese momento no conocía, que no había experimentado. Algo que llaman fusión, algo para lo que las palabras se quedan sin fuerza. Tal vez ahí, donde faltan las palabras, podría seguir la música. Violines gitanos, tamburas... Gracias a ella me enamoré de la música gitana.

Después de eso desapareció. No la encontraba, le pregunté a Dare, a sus amigos. Estaba enfermo de amor. Caminaba por la calle como delirando, con fiebre. En oleadas me venían imágenes de la noche anterior. El pelo brillante entre mis dedos, el cuello cuando inclina la cabeza para atrás, los muslos cuando le levanto la falda.

Sus pechos, tensos, su cuerpo escultural, como un relieve egipcio, fino, flexible, doblado de placer.

Amigo, olvidate. Cuando te la saques de la cabeza, vas a tener más posibilidades de que pase algo. No la presiones... trató de convencerme mi camarada Dare.

No estaba preparado para esos jueguitos de ir y venir, yo quería a esa mujer ya, me daba igual lo que pensara.

Estaba en la Academia cuando me vino a ver. Nos sentamos a tomar un café.

Hablamos, sonreímos, hasta que le agarré la mano y la miré bruscamente a los ojos. Me salió algo, así, tosco:

No puedo disimular. Ya está. Dejá a ese tipo, me oyes. Si ves que entre nosotros hay algo más.

Fingía pensar. Sacó la mano. No confiaba en mí, pude sentirlo. Pero también le gustó que la encarara un trovador, medio atontado por amor, un marinero tosco que por primera vez se había enamorado de verdad y ya no se orientaba en mar abierto.

No es así, Boris.

Maldije, me levanté de la mesa; la silla crujió.

Entonces se puede ir todo a la verga. Salí furioso del bar; el gallo enamorado y herido

Si hay algo gracioso es Cavazza enamorado. Lo miro, miro a ese tipo moreno, flaco y fibroso, de labios apretados, mejillas prominentes, mandíbula tensa por la furia y la humillación... Míralo tú, nena, míralo en serio, es un trabajador, un boxeador, un marinero, un vendedor de electrodomésticos; brazos y piernas, tan firmes en el barco, tan hábiles en el escenario, ahora se doblan y se tuercen como si no pertenecieran a ese cuerpo. Otra vez otro tiene lo que yo quisiera tener más que nada. Las manos que la van a agarrar de la cintura, las manos que le van a desabrochar el abrigo. Basta de estas imágenes. Necesito un trago. Voy al bar acompañado, tomamos, me río de las ocurrencias de Dare, las chicas se nos sientan al lado.

Miro a una, le digo, tienes rico perfume y ya estamos en la calle, hace frío, se aprieta contra mí, ya estamos en su cuarto, su compañera sale a comprar cigarrillos. La mañana siguiente me despierto con cruda, sé que otra vez voy a lastimar a alguien, bueno, no necesariamente, quizá no, quizá significó para ella lo mismo que para mí, me voy a la facultad, tengo la boca seca por la cruda, por el hueco en el corazón, me pierdo, Mojca, Mojca... Cavazza enamorado, es la cosa más grotesca en el mundo, se lo digo. Antes me había enamorado, me gustaba enamorarme, no es que no me hubiera pasado antes; me gustaba pensar que era fatídico, era más excitante así, pero esto, esto se me había ido de control.

Nena, no es porque seas linda, no es porque juegues a la misteriosa distante, a la chava linda medio tímida, a la presa inalcanzable: ahora está, ahora no está; los labios sonrían bonitos y finos, cerrados como los de la Mona Lisa, pero los ojos te traicionan y por esos ojos persevero. Y por ese instante en el que te agarré del pelo y me sumergí en ti como si fueras la única en el mundo, la única para mí... No importa si tienes puesto un abrigo rosa y blanco de

Chanel que te compró tu tío, no importa si usas tacones altos; hay otra cosa, algo todavía desconocido para mí, no es solo tu cuello largo, tu garganta blanca cuando inclinas la cabeza para atrás y te ríes. Y no son solo tus pechos, a pesar de que me vuelven loco los pechos y los tuyos están hechos para mí; y sí, me gustan los tacones altos, pero si es por mí, no los vuelvas a usar más, escuchas, tira todos esos atuendos elegantes, vente conmigo, vamos a bailar descalzos con la música de los violines gitanos, por ti me voy a enamorar de los caballos, por ti voy a buscar a Dios, por ti voy a hacer de cuenta que no hay diablo y que no hay tiempo ni injusticias ni dolor.

Y entonces volvió a desaparecer. No la vi por semanas, meses.

En el tercer año de la Academia me llamaron para hacer el servicio militar.

Tenía una novia con el pelo largo y claro, que se desparramaba bien en la almohada. Venía al cuartel y me traía crepas con mermelada. La rubia de las crepas, me provocaban los soldados.

Después llegó su carta. Y después llegó ella también. Cavazza, visita.

Fui a la recepción y la miré. Los soldados que estaban ahí sonreían con picardía. Estaba ahí parada, increíblemente hermosa, elegante, con unas botas de tacón alto, con el pelo claro. Otra Mojca, pero todavía mía.

Todo ardió en mi interior.

Qué bueno, dije. Qué bueno que viniste.

Se sonrió. Pero si te escribí. ¿No lo creíste? No.

Nos sentamos en la sala de visitas. Te ves bien.

Se pasó los dedos por el pelo, como si le diera un poco de vergüenza.

¿Lo dices por esto?

También eso. Te queda bien el rubio. Nos separamos, dijo de pronto.

¿Vino para decirme eso?

Ajá, dije, asentí con la cabeza. Quería hacerme como que no me importaba.

Eso es todo, preguntó.

¿Qué te puedo decir?

¿Vino para decirme eso? Entonces soy el hombre más afortunado del mundo.

La observé, acto seguido estiré el brazo, pasé los dedos
por su nuevo pelo claro y me enterré en su cuello.

Por fin, dije. *Por fin.*

Me dejó su dirección. Viajaron las cartas. Cartas largas y apasionadas en las que nos dijimos todo lo que antes no nos habíamos animado a decir. Si no me hubiera enamorado de ella ya antes, me habría enamorado de sus cartas. Sí que sabía escribir, Mojca, con su escritura tormentosa y apasionada; podría escribir una poesía sobre sus garabatos. Las conservé por mucho tiempo, pero con todas mis mudanzas se perdieron en algún lugar. Cada vez que te mudas, pierdes un pedacito de tu pasado. Y es bueno a veces. Sin embargo ahora me gustaría leer una de sus cartas.

Cuando todavía estaba en el servicio militar, le escribí a su madre diciendo que me quería casar con ella. Le pedí la mano a su madre Mara, como se debe, como piden las reglas del romanticismo.

Lo antes posible, lo antes posible, lo antes posible. Por qué esperaríamos, a qué esperaríamos, si ya lo sé.

“Quizás deberíamos empezar no por el amor, sino por el boxeo. Por el primer puñetazo. Por el dolor. El uppercut, el crochet de izquierda, el crochet de derecha. La desafiante mirada del joven siciliano que me estaba golpeando, era tan intensa que me provocó un mareo en el cerebro. Nunca antes, ni después, sentí un dolor tan intenso.”